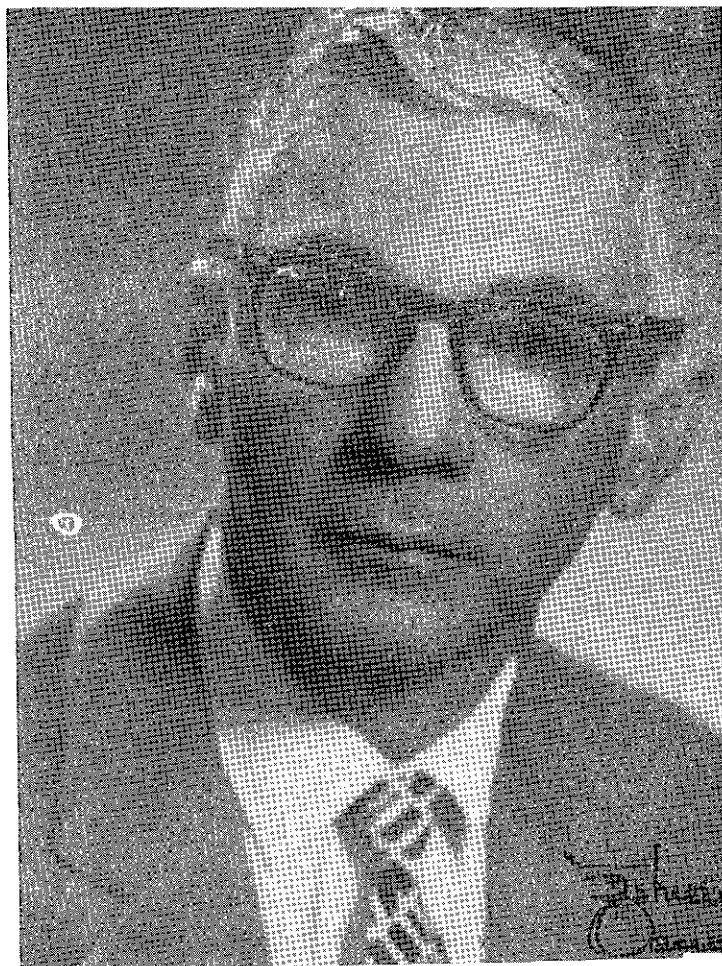


*Cuentos
de
Hugo
Lindo*



Hugo Lindo
(1917-)

CATALOGADO

La Novela Mecánica

Generalmente, los sueños se me dan de una manera difusa, borrosa, en que los personajes mismos no alcanzan a tener la precisión necesaria para que los recuerde al despertar. Los acontecimientos se presentan, no sólo en desorden, sino, al parecer, sin la mínima ilación. Lo que empieza como una tertulia, toma el aspecto de un soliloquio; lo que en un comienzo es un caballo que padece con bucólica tranquilidad, resulta, a los pocos segundos, ser una bicicleta que corre sola y desafiadamente.

Pero a veces, amigos míos, raras veces, por cierto, el mundo de los sueños parece cobrar dimensiones de realidad: los seres se perfilan a maravilla, los paisajes se detienen, los acontecimientos se hilvanan, y yo mismo no sé distinguir si estoy soñando, o si estoy viviendo uno de los instantes auténticos de mi vida.

Hoy voy a contarles una experiencia onírica de lo más interesante que he tenido en mis cuarenta años de escritor. Ya ustedes conocen casi toda mi producción literaria, y estarán, como es inevitable, bajo la impresión de que soy lo que se dice un ensayista más o menos aceptable. Lo que no admitirían ustedes, si lo oyesen decir a alguien, es mi calidad

de novelista. No he escrito un solo cuento en mi vida. Si mañana, por ejemplo, dijeran los diarios: "... el insigne novelista don Arcadio Serrano acaba de publicar otra novela que, como todas las suyas, será un verdadero acontecimiento en el mundo de las letras", si dijeran eso los diarios, repito, ustedes sonreirían del candor del reportero que escribiese esas líneas.

Y sin embargo, señores, soy un novelista. Un "insigne novelista", si ustedes quieren, sólo que, como decía Aristóteles, *en potencia*. Toda mi vida he soñado con escribir una novela. He hecho varios ensayos que mi rigor auto-crítico me ha impedido dar a conocer. He sufrido muchas decepciones. Pretendo llegar a escribir, un día de tantos, la novela que, considero, está haciendo falta en América. Una novela que sea algo más que un relato sentimental o un ensayo sociológico disfrazado con el ropaje de la peripecia; una novela que constituya una especie de corte geológico en el cual puedan verse, completos, los estratos de la sociedad americana, del alma del hombre americano, y del alma del tiempo que vive América... El empeño no es poca cosa. Y ustedes volverán a sonreír si yo les digo que ya lo hice... en cierta forma... en el mundo de los sueños... En el mismo mundo de los sueños en que los periódicos presentaban a ocho columnas, con la letra más grande de sus fuentes, la noticia despampanante cuya redacción comenzaba: "El insigne novelista don Arcadio Serrano acaba de publicar..."

Bien. Veo la sorpresa de todos ustedes, y hasta quedo bajo la impresión de que, allá en sus fueros íntimos, me están considerando como medio desequilibrado, o como un desequilibrado del todo.

Admito la realidad del estupor que los embarga, y hasta justifico, en cierta forma, la compasión que empiezan ustedes a sentir por mí. Mas estoy cierto de que cuando concluya de referirles lo acontecido, lo verdaderamente acontecido en aquella órbita, se sentirán reconfortados con los auxilios de una sana lógica y la ayuda de los más modernos principios científicos. Empeño, les ruego un poco de paciencia, porque antes de entrar en lo medular del relato, tengo que comunicarles los antecedentes psicológicos que darán la clave para entenderlo.

* * *

A la hora del desayuno, como me levanto casi siempre tarde, apenas si me queda tiempo para tomar mi taza de café y leer los titulares del diario. Muy rara vez leo alguna noticia completa. Con informaciones tan sumarias como las que me dan los cabezales, me lanzo a los trajes cotidianos. Si alguien me pregunta:

—¿Ya supo, don Arcadio, que los ferrocarrileros van a la huelga?
¿Qué considera usted de sus razones?

Yo respondo con la seriedad del caso:

—El que se van de huelga, ya lo supe; externar, por el momento, criterio, me parece prematuro

La verdad es que no puedo expresar opinión antes de la noche, porque es hacia las ocho o nueve, cuando ya mis obligaciones de profesor y mis compromisos con las editoriales me dejan libre, cuando yo tomo los diarios y, cuidadosamente, voy informándome de los acontecimientos y de los pareceres que en ellos constan.

Una de estas noches, leí que en los Estados Unidos acababa de construirse una máquina calculadora electrónica. Según las descripciones, aquello era un verdadero cerebro mecánico. Se proporcionan a la máquina los elementos de juicio, los datos matemáticos fundamentales; se aprietan botones, se adelantan o se atrasan palancas; se conectan "switches", y en cosa de minutos la máquina realiza operaciones tan complejas, tan largas, tan difíciles, que los astrónomos pasarían años en resolver las ecuaciones intermedias. La máquina —agregaba la noticia— será usada en cálculos de astronomía, de física atómica, de aviación supersónica, de geometrías no euclídeas, y qué sé yo en qué cantidad de aplicaciones prácticas

Quedé pasmado ante semejante noticia; pero, conociendo de más de uno de esos inventos maravillosos (y el linotipo es una de esas imponderables invenciones del hombre), acepté la realidad de la calculadora en cuestión. Me hice, sí, la reflexión, de que aquel cerebro electrónico realizaría todas las operaciones mentales de lo que Kant llamara "juicios analíticos", pero que no podría realizar una sola operación de carácter sintético. Es decir, que la máquina desmenuzaría, hasta polvillo cuántico, las verdades contenidas en una ecuación cualquiera; que podría sacar de un dato general, la infinita gama de datos particulares que ya estaban implícitos en aquél; pero que no podría, por muy sabia que fuese, agregar un protón, un electrón, un neutrón de verdad nueva, completamente ajena a los datos iniciales . .

Nosotros, los profesores, solemos buscar todos los ángulos posibles a una tesis. Me imaginé lo que haría la calculadora electrónica si, en vez de datos numéricos, se le proporcionasen, como puntos de partida, verbos, sustantivos, pronombres, adverbios, adjetivos. . . y recordé, entonces, haber encontrado una vez, entre mis lecturas, un capítulo sorpresivo y sugerente a más no poder, del filósofo jesuita Garrar, que se titulaba *La máquina de pensar*.

Busqué las *Sugerencias* de Gaimai en mi biblioteca, di pronto con ellas, empecé a releer el capítulo. Matemáticamente, sostiene el autor que el número de combinaciones posibles entre x elementos, es el conocido como *factorial* de x ; que, por ejemplo, el 1, el 2 y el 3, pueden ocupar sólo 6 posiciones relativas, pues el factorial de 3 es 6, producto de la siguiente multiplicación: $1 \times 2 \times 3$ igual 6.

Así todas las letras del alfabeto, más los signos ortográficos, los blancos y corchetes y otros tipos que se emplean en las imprentas, serían por ejemplo 50. Unas cien fuentes completas, tendrían 5,000 unidades; La cifra es monstruosa, quizá incalculable, y si se inventara una máquina que pudiese barajar dichos signos y *cambiarlos en todas esas combinaciones posibles*, se habría inventado una máquina capaz de escribir, desde las más estúpidas historietas de lujuria, hasta las excelcitudes de la Biblia.

* * *

Se hizo tarde, y me fui a la cama. No podía conciliar el sueño. Las calculadoras electrónicas y las máquinas de pensar, me torturaban las sienes. Entraba ya a lucubrar sobre si el pensamiento no estaría sujeto a meras leyes mecánicas, matemáticas, y la realidad psicológica del hombre no pudiera reducirse, como insinúa Gaimai, a una mera cifra factorial entre las posibilidades de combinación de palabras o ideas, cuando me empezó a invadir un sopor

* * *

Alto, rubio, transparente, el Profesor Williamson me miró al través de las gruesas lentes en que se sumergía su penetrante mirada azul. Alzó el ceño, y con un ademán misterioso de su mano fina y larga, me señaló una puerta:

—Now, my dear Professor Seriano, you will see. . .

¡Ahí estaba la calculadora electrónica de la Universidad!

Por una deferencia, el Profesor Williamson empezó a hablar en un castellano bastante correcto:

—Como yo no soy matemático, he procurado introducir en este cerebro mecánico, algunas modificaciones que le permitan ser útil para otras actividades intelectuales. . .

—¿Y para la filosofía?

—¡Oh, no! . Empecé ensayando con *Filosofía*. La máquina recibía las sugerencias iniciales, y las iba elaborando con rapidez... Pero fue un fracaso...

¿Un fracaso?

—Sí: en vez de concluir estructurando un sistema original, que me hubiera permitido presentarme ante el mundo de la especulación como el creador de nuevas posiciones del espíritu, la máquina terminaba siempre con un solo nombre. Generalmente, escrito en griego . . . Heráclito, Parménides, Demócrito, Pitón . . . ¡No logré ninguna novedad!

—¿Entonces?

Tomó un aire solemne y continuó. .

— . . . Pero yo me tengo que morir esta noche, y le voy a dejar esta maravilla . Usted es, Profesor Serrano, el único hombre que le puede sacar provecho . El mundo ignora que este cerebro existe así, acomodado para el servicio de las letras.

Y empezó a enseñarme su manejo

Luego, la figura alta, rubia, transparente del profesor Williamson, se transparentó hasta lo indecible, hasta lo imposible. . . ¡Y me vi dueño de aquel portento que me permitía ser el más grande novelista del mundo!

Yo preparaba una receta más o menos en estos términos:

Amor	15 partes;
Otras pasiones humanas	10;
Buen humor	10;
Tragedia	10;
Optimismo	25;
Paisaje	10;
Estilo	20;

TOTAL 100 partes

El artefacto echaba a andar. Un ruido de piezas interiores, y el papaloteo de las cuartillas que salían disparadas por un viento artificial. A los pocos minutos, la obra se encontraba perfectamente impresa. Con aquellos elementos, la máquina creaba la novela, sin falsear en un adarme las dosis que le habían sido suministradas; “paraba” el material en una especie de linotipo acoplado, en el cual no podía haber el mínimo error de ortografía o de puntuación; pasaba las páginas, en

perfecto orden de numeración a la correspondiente sección de estereotipia, y luego a la rotativa. Todo en un sólo cuerpo, sobrehumanamente organizado. Todo eficiente e inmediato. Hasta la encuadernación

Y al día siguiente, los diarios hablaban de la obra. Empezaron a lloverme calificativos agradables. Cada libro que salía de mi atilugio, hacía elevar el tono de los epítetos. Con los primeros trabajos, fui “el hallazgo de las letras de América”; con los siguientes “extraordinariamente talentoso”, con los otros, “el maestro de la novela americana”; con las últimas obras, ya se me empezaba a llamar “genial”

Entonces se me ocurrió introducir algunas modificaciones en la maravillosa invención. Ya no le daría recetas, más o menos artificiales. Ya sólo le daría órdenes al través de un micrófono. Órdenes precisas, tajantes, que el cerebro mecánico se encargaría de realizar sin dilaciones ni excusas.

Llamé en mi auxilio al espíritu del Profesor Williamson, y sentí una auténtica iluminación interior. Me atreví entonces, con un atomizador, unas tenazas y un soldador eléctrico, a meter mis pecadoras manos en aquel laberinto de alambres y válvulas. Cambié de sitio algunos tubos, agregué unas conexiones y alteré otras. Me sentí completamente seguro de lo que hacía. Y ensayé de nuevo.

Al instalar el micrófono, dije a la máquina:

—Quiero escribir la mejor novela que hasta el momento se haya escrito en Centro América

Estuvo el cerebro, al principio, un tanto leido. Subí el voltaje. Esperé a que se calentaran los tubos, y repetí la orden

Entonces sonó una campanilla, y comenzó el rítmico golpeteo de las matrices linotípicas. Nació mi voluminosa novela *Silencio del trópico*, en edición de lujo. La crítica la acogió, desde el primer instante, como la más grande y noble novela centroamericana escrita jamás.

Quise ir más lejos, y ordené la mejor novela de toda Latino América. Fue entonces cuando los periódicos del Continente se deshicieron en elogios de la forma, del fondo, del dinamismo, etc., de mi obra *El cóndor*, novela muy por encima de *La vorágine*, de *Doña Bárbara*, y de cuanta otra pudiera haberse escrito en la América Hispana

De esta misma calidad, ordené otros tres o cuatro libros. El oírse estaba ya asombrado no sólo de la estructura y el estilo, sino de la abundancia del material que yo lanzaba a los mercados

Pero yo no estaba satisfecho

Pedí la mejor novela de la literatura moderna en todo el globo. El cerebro mecánico la dio. Mi fama no podría ya ser superada

Mas a medida que aumentaban mis facilidades, más me embargaba cierta pereza mental. Al principio siquiera leía yo las obras que salían de mi fabulosa maquinaria, después, ni eso . . . Las dejaba circular con la irresponsabilidad más estupenda, y sólo me molestaba en leer lo que de mí decían los diarios de los cinco mapas continentales.

De pronto, quise dejar de una vez por siempre, estampado en letras de oro, como se dice en lenguaje cursi, mi nombre en los fastos de la historia. Y ordené a la máquina la impresión de la mejor novela del mundo, de todos los tiempos. . .

Crujieron las ruedas dentadas, sonaron las matrices, se escuchó el ruido de las bielas . . . y empezaron las cuartillas a caer en el depósito en que esperarían la mano mecánica que, desde el sector de encuadernación, vendría por ellas.

La máquina trabajó como nunca: dos, tres cuatro horas . . .

Yo tomaba, morosamente, mi taza de café, cuando la campanilla que avisaba el final de la obra, me indicó la necesidad de desconectar

Al día siguiente entró en mi despacho, desaforada, medio loca, una señorita a quien yo no conocía. Agitaba en las manos, frenética, un ejemplar de periódico. Me lo restregaba por la cara, y me decía:

—¡Infame! ¡Infame! . . . ¡Lea! . . .

Y yo leí en grandes titulares:

“El profesor don Acadio Serrano, un impostor” El subtítulo rezaba: “El gran novelista mundial se ha vuelto loco: ha cometido el más estúpido plagio literario de la humanidad”.

—¿Cómo es esto? —pensé— ¿Se habrá equivocado el cerebro mágico? ¡Imposible! . . .

Impulsivamente, me dirigí a la bodega, en busca de mi última obra, de la mejor novela escrita en el mundo en cualquier tiempo de la historia. Abí y empecé a leer:

“En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivió no ha mucho tiempo, un hidalgo manchego, de los de lanza en astillero. . .”

La Última Epidemia

Se ha dicho de Stephen Morley que era un maniático, y que todas sus obras, desde la *Biología de los mares del sur*, que le sirvió de tesis doctoral, hasta la famosa *Sensibilidad de crustáceos y moluscos*, editada en 1956 por W. Prescott, Jr. Co., no son sino la insistencia casi morbosa en un punto de vista científicamente inadmisibles, pero desarrollado con clara unidad, con inteligencia notable y en un inglés muy convincente. No entraré a discutir ese punto, que no es de mi especialidad; pero hay algo que sí puedo alegar y testificar en favor del colega Morley: de todos los integrantes del Instituto de Investigaciones Superiores de San Diego era, a mi juicio, el de más refinadas dotes naturales de observación, el de la intuición científica más aguda para enderezar sus investigaciones. Entre nosotros lo llamábamos "Olfato".

El fue el primero en darse cuenta de que algo raro estaba ocurriendo. Y lo advirtió en los primeros instantes, por una simpleza, por un detalle mínimo en la conducta de sus hijos Steph y Sam, mellizos rozagantes y pendencieros de once años de edad. Algo en que nadie había reparado, o, de advertir, no habría tomado en cuenta. Menos aún

para llegar a tan atrevidas hipótesis como las que Morley expresó tan a los comienzos, y que en breve término resultaron plenamente comprobadas por los hechos. Aunque parece que hubo todavía un antecedente, una minucia anterior a la observación de la conducta de los niños. Fue lo del robo en el jardín.

Notó una mañana que del jardincillo trasero de su casa faltaban todos los implementos: la cortadora eléctrica de césped, el rastro, la manguera. . . Nada tendía de particular, si Bull no fuera un vigilante de tan fieras condiciones y de oído tan fino. Sin embargo, Bull no había dado la menor muestra de inquietud en toda la noche. Pensando en que pudiera haber sido narcotizado por algún medio sumamente hábil, dado que no se dejaba acercar a la gente, Morley le tomó sangre y saliva, e hizo en el laboratorio del Instituto los análisis que consideró pertinentes. No había el menor rastro de sustancias químicas. Más tarde, Bull se puso a jugar como un cachorro, nada menos que con Pitty, la perrita lanuda de los vecinos, que se metía por entre la cerca de cipreses, y a la cual Bull, generalmente, no podía ver. La correteaba con grandes ladridos, y si no la había destrozado ya, era sólo porque no le había dado alcance.

Luego, lo de los muchachos. Steph y Sam pasaron casi cuatro días sin discutir violentamente ni agarrarse a mojicones: parecieran haber perdido su jocunda vitalidad y hasta su tempestuoso temperamento, y, sin embargo, no se hallaban enfermos. Eso era demasiado anormal, pero cualquiera otro que no fuese Morley, se habría contentado con una explicación somera. El tuvo la suspicacia necesaria para hilvanar este incidente con el extraño comportamiento de Bull.

—Señor Flores —me dijo confidencialmente—: está pasando algo muy curioso, y la intuición me indica que puede ser terrible.

Y me contó sus sospechas, pidiéndome, sí, que a nadie las comunicase. El se dedicaría a indagar el asunto más a fondo, y, si ratificaba sus conjeturas, presentaría un estudio al Instituto. Le prometí guardar silencio; pero le solicité continuar participándome lo que tuviere a bien. Quizá yo también sea un poco maniático; pero lo cierto es que tuve confianza en la inteligencia y la penetración de mi colega.

No me equivoqué. Durante la reunión del Directorio en que Stephen Morley presentó su breve monografía —no serían más de unas veinte páginas, con algunas fotografías curiosas— fui el único que lo escuchó sin recelo y el primero en apoyar sus puntos de vista, al menos como hipótesis dignas de estudiarse a fondo.

Los fundamentos de su tesis eran ahora más abundantes: en la sangre de Bull, en la de Sam y Steph, en la de la señorita Yolanda —esa solterona agria que atendía el conmutador de teléfonos del Instituto, y que últimamente había estado tan extrañamente cordial—, en la de otras quince o veinte personas y algunos animales, Morley había encontrado un factor nuevo. La monografía presentaba todas las reacciones bioquímicas llevadas a cabo, con una minuciosidad muy digna del talento de “Olfato”. Además, había unas cuantas microfotografías, tomadas a través del microscopio electrónico del Instituto, en las cuales aparecía una especie de virus

Su tesis era que había comenzado una epidemia, y que pronto, si no se tomaban las debidas precauciones, se extendería por todo el Estado de California, si no lograba afectar la Unión entera, y eventualmente, al mundo.

—¿Orígenes del virus? . . . Existían suficientes antecedentes —informaba Morley— para asegurar que no eran de este planeta. Había llegado a través de los espacios interestelares, probablemente de nuestra misma galaxia; pero en ningún caso de nuestro sistema solar. Sobre este punto, las reticencias de los colegas podían ser vencidas con sólo considerar la frecuencia cada vez mayor con que los llamados “plátillos voladores” y artefactos extraños de otras formas, como los “cigarros”, hacían sus incursiones sobre la Tierra. Ya casi nadie discutía que tales aparatos fueran de procedencia extraterrenal. Pero había algo más: de una cápsula de metal no reconocido, que bajara en las proximidades de San Diego muy recientemente, y que provocara una excitación pública intensa, Morley había logrado extraer una sustancia viscosa que, analizada también al ultramicroscopio (y ahí estaban las pruebas fotográficas) presentaba la misma especie de virus existente en la sangre de personas y animales. La proyección magnificada de ambas imágenes, fue para todos los miembros del Directorio un impacto tan inesperado como convincente.

—Esto es terrible . . . —me dijo— ¿Se da cuenta mi amigo Flores, de que nos están . . . ? ¡Es una epidemia monstruosa! .

Sí: las ocurrencias habían aumentado muy notoriamente. Hasta el viejo boticario Mr. Spender, apodado “El Intiatable”, había dulcificado su carácter. Se dio el caso de que un tranvía para blancos fuese abordado por cuatro personas de color, y no hubiera la menor manifestación de protesta o desagrado por parte de los pasajeros. El mal cundía. Se extendía como una epidemia. Pero pronto pudimos saber que no era una epidemia. Parecía serlo, por la forma ultracontagiosa en

que se presentaba, pero la epidemia es por definición un brote intenso, extendido y pasajero. Y las personas que iban recibiendo el virus y el nuevo factor en su torrente sanguíneo, se quedaban simplemente pacíficas, dulces, amables. No importaba cuál hubiera sido su carácter anterior, ni su educación, ni sus costumbres

Ahora bien: en lo que no podía estar de acuerdo con "Olfato" era en que aquello pudiera calificarse de "terrible" o de "monstruoso", como él decía. Era precisamente lo que la humanidad había soñado por tantos siglos. Acaso desde la aparición del primer Neanderthalensis sobre la faz del globo. Y ahora nos venía como un regalo de las altas esferas, como algo que, si no pudimos conquistar nosotros, se nos otorgaba *bona gratia*

Mas también en esto Morley tenía razón. Se anticipaba.

A los pocos días, "The Chronicle" publicaba la noticia de que las autoridades habían resuelto la fusión de tres tribunales de lo criminal, porque la disminución del trabajo en todos ellos no ameritaba los gastos administrativos de varias oficinas. Pronto, en el mismo diario, se anunciaba la supresión de los demás juzgados criminales. Quedó funcionando sólo uno y no por mucho tiempo. Se redujo también el personal de la policía secreta y el de la uniformada: los hechos delictuosos, y de modo especial las violencias contra la vida y la integridad personal, experimentaban un descenso notorio. Los editoriales del diario señalaban a San Diego como un ejemplo de sana convivencia, que debería ser seguido por todos los Estados Unidos.

¡Pero vaya uno a saber cómo son las cosas! Mi hermano, el doctor Edwin Flores, traumatólogo de nota, me informó que estaba preocupadísimo: fuera de los casos debidos a accidentes de tránsito, ya era muy poco lo que tenía que atender. No había reyetas y, en consecuencia, escaseaban los heridos, los tundidos, los fracturados. Su hospital estaba reduciendo la planta de cirujanos, traumatólogos y enfermeras. Había demasiada gente para poco trabajo. De algo semejante se quejó mi vecino, abogado especialista en divorcio: la mayoría de los clientes a quienes tramitaba la disolución de su matrimonio, estaba ya avenida. . . No llegaban pleitos nuevos e ignoraba cómo iba a enfrentar las necesidades de su familia.

El virus, de acuerdo con las fotografías, presentaba un remoto parecido con la figuración convencional de los querubines: un núcleo central, de color celeste, con una leve incisión en la parte inferior, hacía pensar en un rostro infantil; un par de apéndices vibrátiles relativamente anchos, traía a la memoria las dos alitas que complementan la

imagen. No sin cierto sentido del humor, todos dimos inmediatamente en el Instituto, en llamarlos así, "Querubines".

Morley, que ya me había manifestado sus temores sobre todo aquello, estaba en verdad algo más que suspicaz: se hallaba aterrizado. Y sin decirme nada se dedicó a preparar una vacuna que pudiera inmunizarlo frente a la epidemia. Partió de un principio filosófico, que dejó anotado en su libreta: "Todo equilibrio —apuntó— se halla constituido por dos fuerzas contrarias. El desaparecimiento de cualquiera de ellas rompe indefectiblemente la estabilidad de los seres y las cosas. Y como en este caso particular está destruyéndose el equilibrio de la humanidad, hay que buscar una manera de contrarrestar esa fuerza beneficiosa que puede causarnos tanto daño".

Siguiendo con su doctrina de los contrapesos, aplicó de consuno las técnicas de Pasteur y del doctor Salk, preparando una vacuna experimental que él mismo se inoculó: siete querubines vivos y siete muertos. Tal debía ser la proporción (ignoro por qué septenaria), en que se aplicase el fluido precautorio. Esto lo supimos después. Cuando ya era tarde

"The Chronicle" daba cuenta constante del avance de la infección. Un cablegrama de Texas refería, en ese lenguaje taquigráfico de las comunicaciones periodísticas, los problemas que se estaban presentando en la zona. Los domadores de potros salvajes perdían su trabajo: los animales habíanse tomado de una mansedumbre franciscana. Los rodeos no eran ya posibles, y el pueblo añoraba su distracción favorita.

Pronto se hubo de cerrar en todo México las plazas de toros, como se clausuraron en el Perú y hasta en la propia España. Los imponentes minas, los impetuosos Piedras Negras, se complacían ahora en lamer los trajes de luces de los toreros.

Yo no sé exactamente en qué fecha me entió el virus. No sentí nada a los comienzos. Advertí, sí, que mis esporádicas rabietas de hombre nervioso desaparecían del todo. Y con ellas, los malestares del hígado que a veces, por las mañanas, solían atormentarme. Comunicué mis sospechas a Morley, y él me examinó la sangre. Estaba allí el factor "Epsilon" —así lo había denominado su descubridor—, y en el fluido se encontraban casi tantos querubines como glóbulos rojos. Estos últimos, así como los leucocitos, en cantidad normal. No había que temer por una anemia ni por una leucemia, según dictaminó "Olfato".

Traduzco de "The Chronicle": "SUSTANCIAL REDUCCION DEL PRESUPUESTO DE LA DEFENSA.—El Congreso Federal, en

vista de la notoria declinación de las tensiones internacionales ha decidido realizar una sustancial merma en el presupuesto de la Defensa. Venturosamente, puede afirmarse que han desaparecido en forma casi total las fricciones teóricas y políticas entre Oriente y Occidente. La medida de nuestro Congreso es apenas posterior en tres días a la tomada por las autoridades de la Rusia Soviética, clausurando las tres cuartas partes de la industria bélica, y licenciando a los dos tercios de su ejército”

Esto fue el comienzo de una desmilitarización universal. Todo el mundo se hallaba satisfecho. . . Menos los militares, porque muchos de ellos tenían una preparación tan especializada que, en saliendo de su oficio, no encontraban manera de encarar los problemas cotidianos. Ni los fabricantes de armamentos, que vieron de pronto paralizado su capital. Ni los cirujanos. Ni los policías. Ni los abogados. Ni los jueces. . . También había que exceptuar a las maestras de los “Kindergarten”, pues la mayoría de los niños que concurrían a ellos, iban con el propósito fundamental de que las madres descansaran de sus labietas y malacianzas. Y ahora los niños, con la sangre llena de querubos, no daban motivo para endosar los dolores de cabeza a las profesoras de los jardines de la infancia. También hubo que cerrar muchos de ellos

El mundo se llenó de cesantes. Pero los economistas lograron pronto encontrar la solución del problema. Aquellos millares de millones de dólares que ahora se economizaban en la industria bélica y en el mantenimiento de los cuerpos de seguridad, aquellas grandes cantidades de dinero que ya no se gastaban en salas de hospital, ni en pabellones quirúrgicos, ni en algodón y medicamentos. . . En suma, todo el dinero disponible por razón de la cesantía misma, había de invertirse en protección de las artes, en construcción de casas para gentes de modestos recursos, en ampliación de museos y universidades, en teatros, etc. En aquellas cosas que, dando comodidad y agrado espiritual y material a las personas, pudieran absorber una ingente cantidad de mano de obra y de capacidad técnica.

—Y bien, colega Flores. . . ¿Qué me dice de todo esto? ¿No le advertí que sería terrible? . .

—¿Terrible? . . No veo por qué. . . Es lo que la humanidad ha deseado siempre. . . Tome usted una obra de historia y relea. . . ¿Cuántas veces logró el hombre una paz sobre el mundo? . . Y vea, en cambio, cuántos esfuerzos hizo por conquistarla. Quizá, si nos fuera posible revisar día por día lo acontecido desde que Adán cometió el pecado original, no encontraríamos uno solo en que Caín no estuviera presente,

matando a su hermano. Ya en las grandes conflagraciones, ya en las asonadas de menor cuantía, ya en las reyertas individuales. . . Y lo que no pudimos conseguir con tanto esfuerzo. . .

¡Qué extraña fue la explosión de Morley! . . . Ya yo no concebía siquiera la posibilidad de que una persona se saliera de sus casillas. Pero mis palabras lo pusieron furioso. Levantó puño para pegarme, al tiempo que me decía:

—¡Traidor!, es usted un traidor!, un traidor! . . .

Estaba fuera de sí. Eso fue lo que me hizo sospechar que se había vacunado. Porque ya en todo el Universo era imposible encontrarse con un cuadro tan animal, tan repulsivo, tan asqueroso, como el que da un hombre irritado. Morley era la única excepción en el globo. Y conociéndolo como lo conocía, al instante presumí que esa excepción tenía una causa deliberadamente buscada por "Olfato".

Descargó su puño en mi rostro. Me salió un poco de sangre de la nariz, pero nada más. Como el asunto no tenía importancia me limpié con mi pañuelo y le dije:

—Tengo la impresión de que usted es el único no infectado. . .

—¡Yo no soy traidor! . . .

No le entendí. La verdad es que no hice el esfuerzo de entenderle, porque en esos instantes empezó a sonar, desafinada, la sirena con que "The Chronicle" anuncia la aparición de sus ediciones extraordinarias, cuando una noticia de gran calibre lo amerita. Eso, quizás, bajó también la cólera de Stephen Morley, y salimos juntos a buscar un ejemplar de la edición.

A grandes titulares leímos: "CESANTE DAG HAMMARSKJOLD —Se cierran las oficinas de la ONU". Efectivamente: ya no había conflictos internacionales, y los organismos pacifistas, como las Naciones Unidas y muchas otras entidades, se encontraban totalmente sin trabajo. Desde hacía un mes no hacían otra cosa que entretenerse poniendo en orden los papeles de los archivos. En las asambleas no había discusiones: las grandes potencias, los eminentes políticos, conciliaban cordialmente sobre cualquier punto, con la mayor facilidad.

En el rostro de Morley se marcaron intensas arrugas de preocupación cuando me dijo: "¿Adónde iremos a parar?" Y tenía razón. Ahora lo comprendo. Cuando ya el orbe entero, infectado de querubines, enfermo de paz, se halló más tranquilo que un lago de aceite, descendieron en sus pulidos vehículos estelares los Príncipes de Xaúd, provenientes

de ese maravilloso planeta ya casi muerto, que gira en torno a Beta del Centauro. Y no hallaron oposición. . . Se adueñaron del mundo, porque no había quién defendiera un palmo de tierra. Salvo Morley, que quiso organizar una defensa universal, y fue inmediatamente aniquilado con un rayo celeste, esplendoroso y fulminante.

Ahora somos felices. Servimos con todo amor a los Príncipes de Xaúd. Ciertamente a veces, nos parece un tanto indigno. . . Nos da la impresión de que somos sus esclavos. . . ¿Pero qué importa? . . . ¡Todo sea en aras de la cordialidad! . . .

Fiebre en la Costa

La costa se extendía como un saurio perezoso, bajo el sol. En la playa algunas champas de pescadores, improvisadas con torcidos horcones y paja seca. Atarrayas secándose. Anzuelos cuya canaza se pudría rápidamente al calor tropical. Más allá, la línea irregular de los cocoteros, sirviendo de telón contrastante a unos pocos ranchos sin aire, sin luz, abandonados. Y dentro de uno de ellos, temblando, la Eulogia, flaca y amarillenta.

Se había echado encima cuanto pudiera echarse. Una frazada chapina, de ésas a rayas que llaman “chivas”, algunas sábanas mugrientas y dos o tres sacos de henequén, de los que sirven para embolsar el café. El catre mugía con la trepidación del cuerpo:

—¡Qué ffrriiiiioooo! . . .

Y sin embargo hacía calor. Un calor insoponible que Marcos Vallecillos trataba de evadir quedándose desnudo de cintura arriba, exhibiendo la plástica musculatura del pecho y de los brazos.

—¡Qué ffrriiiiioooo!. . .

No. No iba a comentar aquello. Ya lo había hecho sin éxito en otras oportunidades. Era inútil discutir. La Eulogia no iba a conven-

cerse jamás de que estaba haciendo calor, de que las arenas de la playa reverberaban insolentemente, de que los hombres estaban a punto de despellejarse en los cayucos pesqueros. Porque ella tenía frío. Y su frío venía de adentro, de las entrañas, de la sangre paliducha y aguachenta.

Marcos se arrolló un poco más los pantalones. Le estaba la humedad de los extremos que empezaban a secarse sobre las piernas recias, casi negras, velludas, dejando innumerables agujas de sal. Encendió un pufo barato y se preguntó qué podía hacer. Pero el calor le impedía pensar. Estaba, más bien, soñoliento. Las ideas no caminaban por su cerebro, y si lo hacían eran con lentitudes de cangrejo o de tortuga. Optó por quedarse callado viendo nada más que el humo de su tabaco. Se habría dormido quizás, pero, de pronto. .

—¡Elogiáaaa?... .

—¡Qué ffrriiiiioooo!... .

Marcos dio un respingo. Reconoció la voz de la visita:

—¡Ulogiáaaa!... Aquí está la comadre Chenta... Viene a ver cómo seguís... .

La enferma hizo un esfuerzo supremo de atención, y sobreponiéndose a los tiritones, invitó:

—Pase adelante, comadre... .

Afectuosa, la recién llegada le tomó la mano y luego pasó la suya sobre la frente sudorosa de la enferma. Ardía.

—¡Caramba! ¡Si está que quema!... .

Y empezó a contar de otros enfermos. De otras enfermedades. De las siete plagas de Egipto. De las medicinas. De que los médicos no saben nada. De que los boticarios son unos ladrones. De que había unas oraciones y unas yerbas que ella sabía... .

—¿Para el paludís?

—Y para la riuma, y para un montón de males... . Que si la comadre toma siquiera una "guacalada" del cocimiento, la fiebre se le va así... .

Tiró con la derecha una cuiva veloz en el aire.

—¿Y eso es caro?... . Porque fíjese cómo han estado las mareas, que casi no se saca nada... . con esta luna... .

—¿Caro?... . ¿Cómo le voy a cobrar a mi comadre?... . ¡Dios me libre!

—¿Y entonces?... .

—Si usted quiere, hoy mismo me vu'a buscar las yerbas . . . Lo único, que me va a tener que dar pa'l viaje, porque hay que ir a Las Salinas. . . Y esta luna tierna es buena pa cortarlas. . .

—Hmmm. . .

—Con unos tres pesos basta, porque . . .

—¡Qué ffrfffiiiiooooo!. . .

—No tengo los tres pesos. . . Sólo dos le puedo dar. . .

—Bueno . . .

—¡Brrr!. . .

Marcos se acercó al sitio oscuro del rincón, en donde seis u ocho ladrillos y una plancha metálica formaban la cocina, y trató de encender fuego. Sus manos eran hábiles en la ciencia de los anzuelos y las cueidas, pero torpes en esta otra sabiduría del fogón. . .

—Déjeme hacerlo, compadrito Esa es cosa de mujeres.

Ardiearon las chamizas llenando de un humo agrio el penumbroso recinto. La enferma tosió.

—Tenés que comer algo, Ulogia —le dijo el marido—. Ya va para días que no probás bocado. . .

La olla de frijoles empezó a hacer gárgaras. La jarrilla de café acompañó el canto apetitoso con un hervor asopinado

—Sí, comadrita, es bueno que haga un esfuerzo . . .

La solícita comadre distribuyó en lo que pudo los frijoles, las tortillas, el café. Su porción fue la más generosa. Le brillaban los ojillos pícaros y le temblaba en un tic de satisfacción el gordo lunar que sobresalía del bozo casi masculino.

La Eulogia se atrevió. Al incorporarse, la sacudió un nuevo ramalazo de frío. Probó algunos bocados y no pudo seguir. Las náuseas la dominaron y su tez amarillenta asumió tonos verdosos.

Concluida la cena, la Chenta se marchó, todavía rumiando, en busca de las yerbas:

—Hay que aprovechar esta noche de luna nueva, compadrito. . .

* * *

Al día siguiente, hablando con otros pescadores, supo Marcos Vallecillos que había llegado a la costa una delegación de la Sanidad. Venían en campaña antipalúdica. Traían todos los elementos modernos para luchar contra el mosquito y contra las tercianas. . .

—Pero a la Ulogia le hace daño la quinina . . .

—Si ya no dan quinina . . . Tienen otros remedios que dicen que son más mejores . . .

Al cabo, ¿qué podía perder? La consulta, las medicinas, todo era gratis. Y así, semidesnudo, con una poderosa carga de sol sobre las espaldas renegridas, se dirigió a la tienda de campaña, en donde los delegados sanitarios habían instalado su cuartel.

El grupo de enfermeras y de hombres encargados de regar el petróleo, estaba dirigido por un médico joven, recién egresado, que hacía su servicio social obligatorio. Era delgado, pálido, de baja estatura. Casi transparente, con una cabellera de fósforo rojo, y unos ojos pequeños, celestes, ocultos casi por las gafas de anchos aros. Su estampa debilucha no fue grata al pescador, pero . . .

El doctor escuchó los datos que le comunicaba el peticionario, y metiendo algunas cosas en su maletín de cuero, inquirió

—¿Es lejos de aquí?

—No . . . Aquí no más . . . cerquita . . .

Echaron a andar juntos

Era un “cerquita” relativo para el hombre de ciudad

El doctor entró en el rancho. La Eulogia lo vio sin la menor simpatía

Un somero examen. Termómetro. Bazo. No había cómo equivocarse. Era el cuadro diario, permanente, repetido hasta la saciedad, en toda la línea de la costa salvadoreña, y más aún en aquellas partes adonde los ríos iban a desembocar, y pasaban por terrenos planos dejando charcos semipodridos, en los que pululaban y proliferaban los insectos.

Sacó el médico unas píldoras del maletín y explicó:

—Son unas píldoras italianas . . . Lo más nuevo que hay para la fiebre . Debe tomarse tres hoy, tres pasado mañana y tres el sábado . . .

—¿Las tres de una vez, doctorcito?

—Sí: de una sola vez.

—¿Cuánto le debo?

—Nada.

Ya Marcos lo sabía, pero no encontró otra manera de poner fin a la entrevista.

—Dios se lo pague.

La mujer se incorporó y tragó las tres píldoras italianas.

* * *

Ahora sí que la marea se presentaba promisoría. Cierito que la luna podía perturbar aún; pero quizá no tanto si se salía lo suficientemente temprano. El viento estaba calmo. Apenas una brisa refrescante abanicaba la caleta con las copas de los cocoteros. Pasando la bahía, saliendo a mar abierto, más allá de la primera línea blanca de la reventazón, era casi seguro que había meros, o por lo menos bagres.

Marcos Vallecillos aderezó su cayuco, ayudado por un "cipote" como de doce años, el hijo de la comadre Chenta, que desprendía con seguridad las redes de los palos en donde se habían secado.

—¿Llevamos las dos, padrino?

—Sólo una.

El muchacho se colocó al timón. El padrino comenzó a remar: "chas, chas, chas", en tanto la embarcación se bamboleaba coquetona y dulcemente.

—A ver qué tal nos va . .

La pesca es arte silencioso. Pronto no se oyó más que el golpeteo preciso de los remos, cayendo, levantándose, cayendo, levantándose, mientras el cayuco se atrevía a remontar el muro blanco de olas vivas que separa las aguas abrigadas de la mar abierta. Y más tarde, ni ese golpeteo. Quedó la embarcación anclada en aguas mansas y hondas.

El muchacho tiró sus anzuelos, mientras el hombre atisbaba con la ataraya el momento preciso. De pronto el barquichuelo se remeció, y el "cipote" alzó rápidamente la cuerda.

—¿Ya?

—¡Ya! . . ¡Ayúdeme, padrino, que esto pesa!

Forcejaron entre ambos. El cayuco amenazaba zozobrar; pero los tripulantes sabían que podían confiar en él. Eran cabriolas de viejo marinero.

—Esperate. No tirés más. Hay que darle cuerda.

Apareció la primera estrella en el cielo.

Dieron más pita, que pronto volvieron a recoger.

Hasta que apareció sobre el agua un mero gigantesco. Un "boca colorada" como Marcos Vallecillos no había visto en toda su vida de pescador.

Los primeros vientos avisaron que era prudente regresar, y sin decir palabra al respecto, los pescadores recogieron sus bártulos y los

dejaron al lado del mero, que todavía colaceaba eléctricamente de vez en cuando.

“Chas, chas, chas”. . La corriente “chupaba”. Eran necesarios tres, cuatro golpes de remo para avanzar una miseria.

—¡La vaciante!, masculló Marcos

El “cipote” asintió con la cabeza

Y luego el ocaso tropical, súbito. Del oro al rojo, del rojo al violeta, del violeta al negro, todo en cuestión de minutos. La estrella parecía haberse multiplicado por mil, y aún no cruzaban la barrera.

—No te aflijás, muchacho. Ya vamos a llegar. Este mero bien vale la pena. .

—Si yo no me aflijo.

—A ver, ayudame un ratito. .

El muchacho tomó los otros remos. El cayuco pareció deslizarse con mejor impulso por las aguas vinosas y encrespadas.

—Bueno. . . Ya vamos llegando a la reventazón.

* * *

La reventazón era fuerte y contradictoria. Una ola grande los echaba afuera su buen trecho, pero luego la mara los chupaba con su gigantesca ventosa y la embarcación volvía a quedar en el mismo sitio.

—¿Tenés miedo?

El interpelado calló por un momento breve. Apretó las piernas. Se mordió el labio inferior.

—Yo no. . . Pero, ¿sabe, padrino? . . ¡Ya hace frío!

—¿Frío?

—Mmmmjú. . .

A poco el chiquillo no podía remar. Ni siquiera mantener el timón en la derrota. Todo él temblaba.

—Sosegate.

—Si no puedo. . .

Y luego las náuseas imperiosas que lo doblaron dos, tres veces, inútilmente, sobre la borda.

—¡Te mareaste, baboso!

—No, padrino. Si es el yelo. . .

Ya las últimas palabras fueron entrecortadas: el rapaz tiritaba como presa de una corriente de alto voltaje. Marcos Vallecillos esperó un instante fugaz en que las olas le permitieran abandonar siquiera uno de los remos, y tocó la frente del muchacho

Ardía

* * *

Desde la costa alguien había visto algo, como una cáscara de manzanas a merced de la reventazón, y había dado aviso. O no sería desde la costa. Quizá desde el propio mar. Vallecillos empezó a escuchar, lejano, apenas discernible entre el murmullo basto de las aguas que estallaban, el rezongo de un motor de gasolina. "Nos han visto" —pensó. Pero el ruido era demasiado remoto para hacerse ilusiones. Bien podrían ser otros pescadores que fueran de regreso. "Ojalá pasaran por aquí"

Le dolían los brazos. Le estaba el rapaz, que ya no sólo no era ayuda, sino memoria. Ahí estaba, tendido, al lado del "boca colorada", restregándose contra él y llenándose todo de sangre fría, mientras tiritaba como un endemoniado. ¡En mala hora! . . . Y la mujer, la Eulogia estaba tiritando también en el rancho, sola, a menos que hubiera llegado la comadre Chenta, para que siquiera le calentara unos frijoles.

El motor se acercaba. Ahora se oía más distintamente. Se acercaba, sí. Le ayudaría a salvar ese mero grande, cuyo precio en el mercado vendría a tonificar sus recursos. Pero se alejaba también. ¿Lo andarían buscando? ¿Volaría en redondo? Ni una lámpara que encender. Ni un mástil en donde enarbolarse un trapo rojo, que por lo demás no se vería siquiera. Se acercaba. Ya. Cuestión de minutos.

—¡Qué fffiiiiiiiioooo! . . .

Y se volvía a alejar. Más. Más. Lo había perdido. O, simplemente, no andaba en busca de él.

Ya los brazos no le dolían propiamente. Se le estaban como dormiendo, punzados por un millón de agujetas. Pero todavía marcaba con relativa isocronía el "chas, chas, chas".

—¡Qué fffiiiiiiiioooo! . . .

Le entó de golpe una ternura que no había sentido jamás. Él no tenía hijos. Sólo ese ahijado, hombre prematuro, que ahora se trataba de cubrir con la red. No pensó nada. No dijo nada. En un esfuerzo superior a su cansancio, levantó el grueso pescado hacia babor y alivió la barca. Se inclinó sobre el muchacho y le besó la frente. Tomó de nuevo

los remos, y siguió marcando su compás, mientras contaba las estrellas. Cada vez eran menos. El aire se adelgazaba y la luz empezaba a nacer.

* * *

Hubiera querido descansar. Tenderse en la playa, lejos de la línea en donde pudiera alcanzarlo el oleaje, y quedarse dormido tres horas, cuatro horas, en tanto el sol le secaba el traje empapado. Pero no se podía. El mozalbete, apenas abría los ojos y fafullaba cosas incongruentes.

—No se ahogue, padrino . . . Muchos pescados . . . Muchos pescados . . . Muchos padrinos . . . Que no se ahoguen los pescados, padrino . . .

Y cuando levantaba los párpados Marcos Vallecillos se acongojaba, porque los veía vidriosos.

Nada. Que con los brazos así, medio insensibles de tanto dolor, tenía que levantar ese cuerpecito inútil y caminar algunas cuerdas. Menos mal que el muchacho no pesaba mucho . . .

Se decidió.

Abandonando la embarcación y todo su contenido, alzó dificultosamente al chiquillo y comenzó a caminar.

De pronto apareció el doctorcito, que daba un paseo matinal. Vio al pescador, se enteró de las circunstancias y le ordenó dejar al muchacho en tierra.

—Vaya a dar cuenta a nuestro sitio, para que vengan dos hombres con una camilla, y luego regrese directamente a su casa. Usted también necesita descansar . . .

Pero pronto advirtió que el estado de fatiga del pescador era excesivo. Comprendió que no podía exigírsele un esfuerzo más:

—¡No! Deje al cipote de mi cuenta. . . Váyase directamente a su rancho

Cuando Marcos desapareció de su vista, el “doctorcito” levantó en vilo al mozo, y echó a andar.

—¿Dónde vivís? ¿En qué rancho? . . .

—Los pescados, muchos pescados, se están ahogando de frío ¡Qué fffffiiiiioooo! . . .

Dispuso llevarlo a la estación del grupo sanitario.

* * *

Marcos encontró en su rancho a la Eulogia levantada, que había tomado asiento en un taburete. En otro, separada de ella por una fogata y un pedo de agua que hervía, la comadre Chenta.

—¡Al fin, conseguí las yerbas, compadrito! . . .

—Y yo le digo que ya no me hacen falta. . . Ya se me quitó la fiebre. . .

—Pero yo le digo que sí las necesita, porque el paludís vuelve cada tres días y por eso le dicen las tercianas . .

El hombre no estaba para discusiones:

—Mire, comadre, si ella no quiere . .

—Es que tomé unas píldoras que me dieron los de la Sanidad . .

La comadre hizo un gesto de repugnancia:

—Los doctores no saben nada. .

Marcos se dirigió, tajante, a su mujer

—¿Te sentís bien?

—Sí. . .

—Entonces, comadre, no joda. Váyase a ver a su cipote, que está con los de la Sanidad. . .

Durmio largamente

La Eulogia, sentada al lado del catre, lo oía roncar. De pronto decía él algunas palabras que ella no podía discernir

—¡Buenas tardes! —dijo a la puerta una voz aguda

—¡Buenas! . . ¡Adelante, doctorcito! . .

Tomó unas gotas de sangre de la mujer. Auscultó, examinó al pescador

—Que este hombre no se levante de la cama . . Usted, tómese todavía otra dosis: aquí le dejo tres píldoras más.

Cuando se disponía a salir, reparó en la olla de líquido ya frío que estaba sobre un trébede

—¿Y esto qué es?

—Un remedio de la comadre. . .

De su maletín extrajo inmediatamente un tubo de ensayo que llenó con el cocimiento y luego tapó con una torunda de algodón

—Voy a regresar más tardecito

* * *

Tres días después se asomó de nuevo la comadite Chenta

Iba de negro. Con el rostro desencajado

—¿Cómo sigue el cipote, comadite? .

Abrió la boca para contestar, pero en la garganta se le anudaron las palabras, y su propósito de dominarse fue inútil. Rompió en llanto.

Marcos comprendió a medias. Se resistía a comprender plenamente:

—¿Está grave? . .

Un silencio forzado, duro, precedió a la respuesta, que salió de boca de la comadite como un torrente mezclado con un alarido:

—¡Me lo mataron! . .

La dejaron llorar unos minutos y luego le dieron una taza de café

—¡A saber qué veneno me le dieron esos bandidos! . . Cuando yo lo recogí ya estaba medio muerto . . Alcancé a ver un veneno verdoso que tenían en un tubito de vidrio . . Ya todo lo que yo le di no sirvió de nada. ¡Bandidos, bandidos!

Tomó a bramar como una bestia herida.

Marcos fue con la comadite adonde se hallaba el cadáver del muchacho.

En el rancho, la Eulogia comenzó, consternada, a decir en voz alta:

—¡Qué bárbaros! . . ¡Matai al pobre cipote! . . ¿Poi qué? .
¡Son unos bandidos! . . ¡Poi algo me cayó mal desde la entrada ese doctorcito de mierda! .

Espejos Paralelos

No soy el primero que lo advierte ni seré el primero que lo comunique. Pero debo confesar que nunca, antes de ahora, un fenómeno tan sencillo y vulgar me había conmovido tan hondamente. Cuando el peluquero se retiró unos minutos para atender el teléfono, yo vi mi imagen de frente en el espejo de enfrente, mi imagen de atrás en el espejo de atrás, la imagen de mi imagen de enfrente, la imagen de mi imagen de atrás, en una sucesión infinita, clara y atenuada.

Como fenómeno óptico no tenía misterio. Como ocurrencia psicológica era francamente inquietante.

Pero jamás me imaginé que aparte de ese mundo luminoso, que no era otra cosa que el rebote o el eco reiterado de la luz conforme a la resobada ley de los ángulos de incidencia y los de reflexión, pudiera manifestarse el mismo acontecimiento.

Y menos aún, pude considerarlo como viable que aquella cosa mágica y tremenda, llegara a operar en los dominios de la historia.

Sin embargo, así sucedió.

* * *

El Premio Nobel de Fisiología y Medicina cayó por primera vez en Centroamérica en el año de 1978. Fue adjudicado al doctor Jerónimo Zelaya, de Nicaragua, por el hallazgo de la vacuna anticancerosa en los laboratorios Luis H. Debayle, de la ciudad de León.

Las celebraciones públicas que se realizaron en todo el Istmo, fueron dignas del triunfo, pero no he de describirlas, ya que hasta el más modesto de los estudiantes las ha visto y oído en teletrivisores de los comunes.

En 1979, el Premio Nobel de Química lo compartían Karl Güntherkvist, de Suecia, y Ricardo Alvarado, de Guatemala. Sus estudios sobre la estructura química de algunos tejidos y sustancias cerebrales, llevados a cabo independientemente en Estocolmo y Retalhuleu, tendían el puente definitivo entre la ciencia experimental y los procesos síquicos más variados, desde la telepatía hasta los aportes de objetos materiales.

En 1980, la doctora Elisa Guzmán de Ramírez, de Tegucigalpa, recibía nuevamente el galardón universal de Fisiología y Medicina, en tanto el premio de Química era discernido al Dr. Teodosio Morán, de Zacatecoluca, y el de Física volvía a caer en Guatemala, el Dr. Eleázar Rosales Aycinena, por su descubrimiento de los vectores paratemporales.

A medida que estos triunfos se tornaban más frecuentes, decaía el esplendor de las celebraciones. Ya hacia el año de 1990, los diarios istmeños se limitaban a publicar gacetillas escuetas, señalando los nombres de los ganadores. Todos de la América Central, naturalmente.

¿Naturalmente?...

Para nosotros, sí. Ya nos habíamos habituado. Pero a los pueblos sajones, y muy especialmente a los nórdicos, que durante tanto tiempo habían tenido el cuasi monopolio del galardón, no acababa de entrarles en la cabeza nuestra indiscutible superioridad científica.

Lo científico no vino solo. Con ello vinieron también el florecimiento técnico, el industrial, el económico.

Fuentes de energía, sobraban. Sólo Centroamérica se había independizado de la corriente eléctrica. La fuerza atómica, usada por In-

glateria, Estados Unidos, Alemania, Francia, tenía grandes limitaciones: su producción resultaba muy onerosa, y dependía de los yacimientos de uranio y otros elementos fisiónales, de extracción cada día más difícil

En cambio, nosotros disponíamos de fuentes ilimitadas: por una parte, la energía solar, que captábamos y almacenábamos gracias al espejo metaparabólico de Fernández-Chacón; por otra parte, la fuerza molecular que extraíamos a un costo mínimo de los basaltos que nuestros volcanes arrojaron en aquella época en que todavía éramos incapaces de controlar sus devastadoras erupciones. Las fábricas pequeñas, como la de tractores instalada en Puntarenas, llamada sólo a proveer las necesidades de América Latina, funcionaban de manera sumamente económica con la energía de las mareas.

Algo desazonaba a los sabios y a los industriales de todo el mundo. Se hallaban frente al vacío. Abocados a un abismo. Este era el abismo o vacío existente entre los trabajos de especulación teórica que recibían el Premio Nobel, y los de expansión de la productividad. No se atrevían a poner en duda la justicia de los premios: por ningún lado aparecían trabajos tan importantes como los que iban siendo distinguidos. Pero, aun disponiendo los otros pueblos de tan valiosas informaciones, eran incapaces de darles una aplicación efectiva tan espectacular como la que les daba Centroamérica

* * *

The Times, de Londres, fue el primer periódico que se atrevió a manifestar una sospecha.

El 13 de octubre de 1991, en primera plana, publicó el artículo que a continuación traduzco:

Varios misterios en asunto centroamericano.—Durante mucho tiempo, las viejas repúblicas en que estaba fraccionada la actualmente poderosa Unión Centroamericana, carecieron de especial relieve en el mundo científico, el técnico y el económico. Esporádicamente, dieron algunos eminentes valores en la poesía, la literatura general y la pintura. Eso era todo

El súbito despertar de esa nación, es ya un misterio que por sí sólo inquieta a los sociólogos y a los historiadores.

Pero hay otras cosas sobre las cuales deben reflexionar Europa, Asia, Norteamérica, porque en ellas parece jugarse su propia supervivencia

De todos es sabido que el último reducto de la gran industria alemana, la fábrica de productos ópticos Zeiss-Ikon, fue absorbida el año pasado por la empresa "Lentes, Sociedad Anónima", de Ahuachapán, cuyas sucursales más conocidas son la Yashima Kogagku Seiki, de Tokyo, y la Bausch and Lomb, de Nueva York.

El invento del neumodínamo, debido al ilustre Francisco Fuentes García, de San Pedro Sula, hizo quebrar las fábricas de automóviles. La fotosíntesis artificial de López Lacayo, acabó con grandes empresas de productos alimenticios. Podríamos multiplicar los ejemplos hasta el infinito.

Si la información científica que los centroamericanos han tenido a bien proporcionarnos fuera por sí sola suficiente para servir de soporte a semejante desarrollo técnico industrial, nosotros, probablemente no habríamos quedado rezagados

¿Saben los centroamericanos mucho más de lo que expresan?

¿Qué es lo que saben?

¿Hasta dónde llegan sus conocimientos?

¿Cómo los han adquirido?

He aquí unos cuantos misterios sobre los cuales Europa, Asia, los Estados Unidos, deben reflexionar si aspiran siquiera a continuar existiendo como núcleos civilizados"

* * *

El artículo que acabo de traducir, fue reproducido por todos los principales diarios del Antiguo, del Viejo y del Nuevo continentes. Desató, como era de esperarse, algo más que curiosidad o preocupación: una verdadera ola de espionaje. Misteriosos chinos, cándidos o aparentemente cándidos sajones, vivaces sudamericanos, fueron invadiendo paulatina e inexplicablemente el territorio de la América Central, dispuestos a indagar qué ocurría y por qué ocurría. Un esfuerzo económico ya excesivo para las antiguas potencias, convertidas ahora en naciones rezagadas.

Y un esfuerzo tan grande como inútil.

Porque entonces las cosas tomaron otro caiz.

* * *

Aunque yo me lo quisiera negar a mí mismo, lo cierto es que me había enamorado a fondo de Lupe Orizaba. Ella estaba, a su vez, ena-

morada de Martín Arbeláez. Y Martín, enamorado de su laboratorio. La cosa no tenía solución.

No citaría un detalle tan personal, de no haber sido eso, precisamente, lo que me permitió primero entrever, y luego ver plenamente, mucho más de lo que pudieron averiguar todos los espías juntos.

Jamás pude hablar a solas con Lupe

Sin ofenderme, con una habilidad gentil y hasta coqueta, ella se daba maña para mantenerme a distancia, aceptando invitaciones y aun haciéndolas, pero siempre con más compañía.

Yo desesperaba.

Una tarde me dijo claramente, en presencia de otras personas, con un desparpajo que me dejó atónito, que sentía por mí una inclinación afectuosa; pero que todo era y sería imposible entre nosotros, porque no pertenecíamos al mismo redil

Yo, lector de los clásicos: de Bradbury, de Heinlein, de Clarke, de Kornbluth, de Borges, de Asimov, pensé de inmediato en lo más obvio: ¿Y si Lupita fuera gente de otro planeta?...

Deseché la idea por sencilla.

Como la habrían desechado, Asimov, Borges, Kornbluth, Clarke, Heinlein y Bradbury.

Para ser más sincero: rechacé la idea sólo intelectualmente: porque ella, no sé cómo, se fue adentrando hasta mi subconsciente, a grado de que en una oportunidad, mientras Martín estudiaba unos cálculos sobre la mesita en que los tres tomábamos el té, me atreví a sugerir la posibilidad:

—Lupita . . . ¿tú crees que hay habitantes en otros planetas? .

—Sin duda.

—¿Y algunos han venido a la tierra?

—Estoy convencida.

Mas ahí se detuvo la conversación, porque Martín estalló

—¡Es inevitable!

Lupe se quedó mirando, interrogativa.

—Si lo dudas, revisa mis cálculos

Ella apartó las hojas con visible desaliento, acaso convencida de que era innecesario tratar de supervisar lo que Martín afirmaba con tanta autoridad. Cuando ella hizo a un lado los papeles, mis ojos alcanzaron a percibir algo que me dejó estupefacto: los signos.

Yo no soy matemático. Pero mi formación general me permite conocer todos, o al menos casi todos los símbolos con que expresamos las verdades matemáticas en el siglo XX.

Y fuera de los radicales, los guarismos, las potencias y el signo de infinito, los cálculos de Martín, no contenían un solo grafismo de los usuales.

Sin que ellos lo advirtieran, la curiosidad me forzó a sustituir las hojas de Martín. Me las eché furtivamente al bolsillo de la chaqueta.

—¡Inevitable! —ratificó moviendo la cabeza de un lado a otro.

* * *

Fue inevitable.

El espionaje derivó en intervención. La intervención en agresión. La agresión en guerra.

Y estallaron las bombas.

Diez, quince bombas.

Lo suficiente.

El mundo quedó reducido a una esfera envenenada de radioactividad, en la cual unos cuantos pueblos primitivos tuvieron que comenzar de nuevo el camino de la historia.

Los pocos hombres más o menos preparados que logramos sobrevivir, quedamos sin los elementos técnicos indispensables para acelerar el proceso: agrónomos sin maquinaria agrícola; cirujanos sin instrumental; biólogos sin laboratorios; ingenieros sin reglas de cálculo, ni teodolitos, ni grúas.

* * *

No tiene objeto el relatar cómo me salvé.

El hecho es que, cuando paulatinamente fui recuperando la vista, me acordé de las anotaciones hurtadas a Martín. Y me propuse estudiarlas al estar ya en condiciones de ver lo suficiente.

Así lo hice. Pero no entendí nada. Absolutamente nada. Los signos danzaban, misteriosos, ante mis ojos y en mi cerebro.

Quise examinar aquello con mayor lentitud.

Y entonces di con la revelación que tan tesonera como inútilmente habían buscado en Centroamérica los agentes secretos del mundo entero.

En una de las páginas, al reverso, con menuda y femenina letra, acaso de Lupita, se hallaba una anotación.

“Nosotros, los hijos del siglo XXIV que hemos venido al siglo XX gracias al empleo de los vectores paratemporales de Rosales Aycinena . . .”

¡Eran hijos de un siglo futuro! El desarrollo moral, social, económico de nuestro torturado siglo XX no había resistido la prueba de la interpolación. Éramos demasiado niños para poder manejar tan peligrosos elementos. Y así como los fenómenos de transculturación estudiados por nuestros sociólogos, habían acabado con culturas íntegras de tipo inferior, incapaces de tolerar el exceso de luz de los invasores, así este fenómeno, que desde entonces puede llamarse de transtemporalización, había terminado con el siglo XX.

Eso era todo.

* * *

No: no era todo

Yo seguí cavilando y adiviné lo que podía ocurrir

Si no lo preví en su totalidad, sí puedo afirmar que acerté en las líneas generales del asunto

El siglo XX era un desierto radioactivo. Su humanidad, escasísima, incapaz por razones de número, de preparación, de instrumental, incapaz, digo, de reconstruir lo que se había perdido en todos los órdenes

El siglo XXI iniciaría, a lo sumo, la edad de piedra. Si las cosas iban veloces, con una rapidez inverosímil, en el siglo XXIV se estaría descubriendo el fuego. Quizá —y era mucho suponer— se estaría comenzando la forja de metales

En todo caso el siglo XXIV no podía producir científicos como Martín Arbeláez y Lupita Orizaba, sabios de la categoría de Jerónimo Zelaya, de Ricardo Alvarado, de Elisa Guzmán de Ramírez, de Teodosio Morán, de Eleázar Rosales Aycinena.

Era de una imposibilidad absoluta

Aunque, viéndose bien, ya esos maravillosos personajes futuros, habían existido . . .

* * *

En 1978 los diarios centroamericanos dieron cuenta de un fenómeno desazonante; gran número de personas en la ciudad de León, Nicaragua, se tornaron súbitamente anormales. Los médicos no encontraban explicación alguna al sucedido. Ni siquiera la concentración de radioactividad en la atmósfera pudiera considerarse como peligrosa: estaba muy por debajo de los márgenes de tolerancia calculados.

En 1979, más de 72 por ciento de las personas que vivían en Guatemala, tuvieron alguna monstruosidad evidente. De Suecia se reportaron unos pocos casos

En 1980, el 84 por ciento de los habitantes de Honduras . . . en 1990, el 96 por ciento de los de todo el territorio centroamericano. . .

Entes cubiertos de ríspida pelambre; cíclopes; individuos de tres y cuatro piernas; niños con manos de siete y ocho dedos; mujeres con bolsa marsupial. . . ¡Mónstruos, mónstruos por todas partes! Pesadillas casi humanas, casi diabólicas, discurren por los campos y las ciudades del Istmo, en donde los hombres constituidos como Dios manda, éramos ya únicamente la excepción.

The Times, de Londres, fue el primer periódico que se atrevió a manifestar una sospecha.

El 13 de octubre de 1991, en primera plana, publicó el artículo que a continuación traduzco:

"Varios misterios en asunto centroamericano.—Durante mucho tiempo las viejas repúblicas en que estaba fraccionada la actual Unión Centroamericana, si bien carecieron de especial relieve en el mundo científico, el técnico y el económico, pudieron dar algunos eminentes valores en la poesía, la literatura general y la pintura.

Mas ahora su porvenir se presenta dolorosamente negativo.

Las telenuevas informan acerca de una regresión biológica alarmante, que de día en día va convirtiendo a dicha nación en un mundo de mutantes inferiores, en un jardín zoológico de mónstruos absurdos, de idiotas, de semibestias, como si sobre aquel castigado territorio se hubiesen concentrado todos los efectos nefastos de los ensayos nucleares llevados a cabo por Rusia, Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia

Porque es evidente, o casi evidente, que lo que ocurre en Centroamérica está relacionado con los efectos de las radiaciones atómicas

La ocurrencia rápida y dramáticamente acrecentada de casos teratológicos, hace pensar incluso, por raro que parezca, en el poder contagioso de las enfermedades provenientes de virus filtrables

¿Llegará hasta nosotros el flagelo?

¿Somos en alguna medida responsables del drama centroamericano?

¿Hasta qué punto llega nuestra responsabilidad?

He aquí unos cuantos misterios sobre los cuales Europa, Asia, los Estados Unidos, deben reflexionar si aspiran siquiera a continuar teniendo una razón de ser como núcleos de civilización con sentido humanitario".

* * *

El artículo que acabo de traducir, fue reproducido por todos los principales diarios del Antiguo, del Viejo y del Nuevo continentes. Desató, como era de esperarse, algo más que remordimiento o conmiseración: una verdadera ola de investigadores. Misteriosos sociólogos chinos, cándidos, o aparentemente cándidos físicos sajones, vivaces biólogos sudamericanos, fueron invadiendo paulatina e inexplicablemente el territorio de la América Central, dispuestos a indagar qué ocurría y por qué ocurría. Un esfuerzo económico excesivo aun para las poderosas naciones.

Y un esfuerzo tan grande como inútil.

Porque entonces las cosas tomaron otro caiz

* * *

Al comienzo sentí repugnancia por los monstruos. Cuando vi por primera vez a una criatura hidrocefálica con el rostro cubierto de unas cerdas doradas, tuve una sensación muy próxima a la náusea. Pero la costumbre, por una parte, y la reflexión moral, por otra, me hicieron adoptar frente a tales engendros, una actitud de piadosa tolerancia.

Aunque yo me lo quisiera negar a mí mismo, lo cierto es que me revolvió los intestinos la sola presencia de Lupe Orizaba. Y la de Martín Aibeláez. Un par de idiotas horriblemente semejantes. Parecidos en la forma de la cabeza, exageradamente alargada; en los ojos animales y pequeños, que de haber tenido alguna luz habrían parecido malvados; en los gruesos labios, siempre segregando una especie de espuma verdosa

Pero yo me había propuesto desentrañar el misterio de lo que ocurría, y tanto Martín como Lupe me resultaban indispensables para

ello. Eran de los pocos que se expresaban en un lenguaje bastante inteligible, y yo no tenía más remedio que estar en frecuente relación con los dos.

* * *

En un cuento de Hugo Lindo titulado *Espejos paralelos*, encontré una idea que me resultó sumamente útil: la de buscar los conocimientos subconscientes —siquiera de la subconsciencia racial— de semejantes seres, mediante la hipnosis o el empleo de drogas analépticas, como el sulfato de dexedrina.

Comencé por el hipnotismo.

La débil mentalidad de ambos, los tornaba fáciles sujetos para el sueño inducido; pero, una vez dormidos, eran insensibles a toda clase de sugerencias, excepto a la cataléptica. Eso sí se lograba con harta facilidad: colocarlos rígidos, como vigas, mejor dicho como pilares de piedra. Para diversión, aquello estaba bien. En calidad de investigación, no conducía a ninguna parte. Cuanto a las sugerencias sonambúlicas, caían en el vacío más impresionante.

No desistí de buenas a primeras, porque estimé que probablemente la reiteración de las sesiones de hipnotismo, pudiera algún día producir resultados de interés. Mas, pasaron los días y los meses, sin fruto alguno, hasta que me decidí por el procedimiento de las sustancias excitantes.

La alternativa se presentaba para mí bastante notoria. Mi razonamiento fue el siguiente: si la catalepsia era fácil de inducir y estéril para mis fines, en tan primitivos seres (yo me negaba a llamarlos personas), la analepsia sería, *contrario sensu*, de difícil inducción y de jugoso fruto.

En estos extremos, no falló la lógica. Hice el experimento con ese repulsivo ente que solía llamarse Lupe. La obligué a tragarse de una sola vez, cinco pastillas de dexedrina. Lo suficiente para asesinar a un ser humano, pero lo que consideré indispensable para despertar su inteligencia y su memoria, si alguna inteligencia y alguna memoria pudiera haber en su trastienda.

Empezó a hablar. En los ojillos brilló una chispa, y fue exactamente la que yo había previsto: la de la malevolencia y el odio.

—Sí —me dijo sin que yo le hubiese preguntado nada—. Sí: soy de ese siglo XXIV que ustedes, los del siglo XX, aniquilaron defini-

tivamente con su estúpida guerra nuclear. . . Estábamos llamados a ser genios, a disponer de una sabiduría que . .

Cotó la frase al tiempo que me fulminaba con una mirada horrible. Me hizo daño. Luego continuó:

—Dentro de nuestra miseria, sabemos lo bastante como para odiaarlos. . . Y a usted, particularmente a usted, lo mataría sin piedad, si no fuera porque. .

Yo grababa sus palabras en cinta magnetofónica, para que no pudiera escapáseme un solo detalle de sus revelaciones.

—Y si no son de este tiempo, ¿qué diablos están haciendo aquí, ahora. . ?

—No sé. Era inevitable que viniéramos, por culpa de un tal Rosales Aycinena. . .

—¿Inevitable? . . .

—Todo es ahora inevitable. Hasta el hecho de que yo le deje a usted con vida . .

No obstante que Lupe Orizaba hallábase ostensiblemente inerte, la comunicación de su odio instintivo me hizo llevar la mano al cinto y tocar la cache de mi pistola.

—¿Por qué no me mata?

—Porque sería un suicidio. Yo soy nieta de los nietos de sus nietos . . Y matarlo a usted sería impedir mi propia vida. . . usted me es indispensable. .

—¿Indispensable?

—¡Inevitable!

* * *

Las cosas ocurrieron de otro modo, dije

Como, por causa de la guerra atómica, el siglo XX no pudo recibir técnicos y sabios del siglo XXIV, y a cambio de ellos recibió idiotas, degenerados y mutantes, por ello mismo, digo, no hubo guerra atómica en el siglo XX.

* * *

Y como no hubo guerra atómica en el siglo XX, el siglo XXIV fue de técnicos, de sabios, de mentalidades supradotadas que vinieron a Centroamérica a fines del siglo XX, a preparar la guerra atómica. Inevitable, como afirmó Martín Aibelález el mismo día que la nieta de los nietos de mis nietos, Lupita Orizaba, la deliciosa, me dijo que entre nosotros todo era definitivamente imposible.

* * *

Yo vi en el espejo de enfrente la imagen del siglo XXIV; en el espejo de atrás, la imagen del siglo XX, y luego, la imagen de la imagen del siglo XXIV, la imagen de la imagen del siglo XX, en una sucesión infinita, clara y aterradora.

Informe Complementario

Altísimo y Venerable Primer Golub:
¡Paz y salud en todas las Dimensiones!

Confío en que mis anteriores informes hayan sido colocados ante vuestros ojos.

Invoco humildemente vuestra comprensión paternal, a fin de que no toméis a fantasía mis observaciones sobre este planeta tercero de la órbita solar, pues no se me oculta que su estructura misma, la morfología y la conducta de sus habitantes, resultan para nosotros algo más que insólitas.

Por dichos informes os habéis enterado de que hay en este planeta, muchas y muy diversas clases de habitantes. Siguiendo las instrucciones que se me dieron al iniciarse la expedición, he centrado por ahora mis estudios, en la especie que se considera a sí misma —y a veces da la impresión de serlo— la más inteligente y hábil que las que aquí existen. Su nombre zoológico es el de “homo sapiens”, y su descripción genérica puede hallarse en mi memorándum Z-32 W

Este informe complementario se reducirá a tres de los fenómenos más notables que he podido observar hasta ahora. Son, también, los más inverosímiles, y pueden señalarse así:

- a) El tipo de locomoción del homo sapiens;
- b) Una extraña ansiedad llamada "sed", y,
- c) Ciertos hábitos de intercambio, trueque o comercio, que producen verdadera estupefacción

Con la venia del Venerable Primer Golub, no sólo expresaré mis observaciones al respecto, sino también algunas experiencias personales, realizadas en vía de estudio.

* * *

a) *Tipo de locomoción.* (v. informe N^o 2, placa 31).

Estos curiosos seres tienen un sistema de locomoción natural, que a cualquiera de nosotros parecería imposible, por absurdo: disponen solamente de dos miembros inferiores, sobre los cuales se sustentan en prodigioso equilibrio. Para trasladarse de un sitio a otro, adelantan primero una de dichas extremidades, la asientan en el suelo, adelantan luego la otra, y así sucesivamente. ¡Sólo dos extremidades, Venerable Golub!

Cada una de ellas se encuentra dividida en dos partes, unidas entre sí por una especie de bisagra de material óseo, que le otorga cierta graciosa flexibilidad. En la variedad femenina de la especie, tales extremidades parecen tener alguna importancia especial, a juzgar por las expresiones que frente a ellas toman los homo sapiens machos.

Hay una relación digna de estudio entre el mencionado sistema de locomoción y el fenómeno llamado "sed" a que he de referirme en la sección b) del presente documento. Como adelante se verá, el homo sapiens se dedica alternativamente a estimular y a calmar la sed, y, durante este doble proceso cuya oculta intención no alcanzo a comprender, es frecuente que se altere el mecanismo de traslación. Entonces es cuando este disparatado sistema bípedo, pone de relieve su deficiencia sustancial: las dos extremidades se les cruzan, flojas y torpes; contonean ellos el cuerpo en ridículos vaivenes, y concluyen por derumbarse de manera ignominiosa.

Sin perjuicio de ampliar posteriormente las anteriores informaciones, paso ahora al segundo de los temas que he de tratar por el momento.

* * *

b) *La sensación llamada "sed"*

Ocurre que el organismo del homo sapiens se halla constituido en su mayor parte por líquidos. Estos seres son, en realidad, entes acuosos recubiertos de algunas películas de material plástico. Se hallan, pues, sujetos a evaporación permanente, la cual podría hacerlos desaparecer de su planeta. Empero, un sistema defensivo los invita a reponer a cada instante la cuota líquida perdida.

La necesidad de reposición de fluidos, es vital. Se llama sed, y se manifiesta por una sensación imperiosa, que debe calmarse cuanto antes. Tal sensación es indefinible, pues a veces resulta grata y a veces tortuante. De ahí que el homo sapiens, como antes dije, viva provocándose y tratándose de calmar la sed. No es exagerado afirmar que la sed se cultiva; que hay toda una cultura de la sed.

Las escuelas o templos de esta cultura, en donde los homo sapiens se dedican a trasegar diversos tipos de fluidos, pueden dividirse en dos clases: las escuelas de estímulo, y las de satisfacción. En las primeras, ellos trasegan pequeñas pero frecuentísimas dosis de diversos líquidos. No han concluido de trasegar una, cuando ya la sed les está reclamando otra. Hubiera querido hacer un experimento personal en estos templos o escuelas, pero, con vergüenza he de confesar, ¡Oh Altísimo Golub!, que no me he atrevido a ello. Debe de ser una cosa tremenda, a juzgar por las contorsiones de los rostros que muestran los parroquianos.

En cambio, ¡Oh Gran Golub!, ¡qué diferentes son los templos o logias en donde la gente calma la sed! Ya en vasos largos, ya en redondos recipientes con asa, se sirve un fluido rubio, cuyo solo color alegra los innumerables ojos de un Golub. El fluido se halla coronado por un halo o resplandor de burbujas blancas, que se deshacen al tocar los filos de la boca.

Al observar la gloria reflejada en los rostros de estos últimos parroquianos, he probado el referido licor. No tengo palabras para describirlo. Es, quizá, como la vida de todos los seres: oculta en el fondo una pequeña cuota de amargura. Pero es una amargura sin la cual no habría delicia ni placer.

Si los que asisten a las logias de estímulo de la sed, suelen ser inmoderados en su consumo de fluidos, ocurre lo contrario con los devotos de las escuelas de satisfacción. Estos, por regla general, consumen este licor dorado con discreción, por cuanto la sed desaparece en ellos casi milagrosamente.

Si aquéllos muestran a cada instante, perturbaciones en el sistema locomotivo, y sus rostros se congestionan, y sus espíritus parecen arder en los horribles fuegos de la ira y de la concupiscencia, estos otros devotos presentan el cuadro radicalmente opuesto: se advierten plácidos, gozosos, noblemente satisfechos.

Consistencia, color, sabor, efectos, todo es en este líquido increíblemente grato. El homo sapiens tiene sólo cinco sentidos (v. informe citado placa 22), y no me hallo en condiciones de afirmar si los cinco quedan para ellos colmados con este dorado licor. Cuanto a mi propia experiencia, puedo afirmar que he conocido una especie de transfiguración, con el goce pleno de los siete sentidos.

* * *

c) Un absurdo sistema de trueque

No sé qué valor pueda el homo sapiens otorgar a pequeñas piezas redondas de metal, y a ciertos trozos de papel flexible, semejantes a las hojas rectangulares del árbol sagrado de Nizeth.

Mas, por grande que sea ese valor, no concibo cómo los propietarios o jefes de las referidas logias o escuelas, sean tan torpes que otorguen un tesoro tan maravilloso como el que tienen, a cambio de semejantes piezas metálicas o de papel.

Pueda que se trate de algo intrínsecamente valioso. Acaso les sirva para su alimentación, o para cualesquiera otros usos. Pero, ¡Venerable Golub! ¿Cómo, —me pregunto— el espíritu mercantil del homo sapiens es capaz de recibir algo, cualquier cosa que sea, a cambio de un producto de valor tan imponderable? . . .

Me limito a informar, y no emito opinión porque, en falta de antecedentes más precisos, temo cometer alguna injusticia al juzgar por esto al homo sapiens.

* * *

Altísimo y Venerable:

Por primera vez en la historia de la Eternidad, un Golub os desobedece. Ha llegado la nave, y se me ha dado la orden de regresar. No

obstante, sólo envió el informe. Yo no sé. He decidido quedarme definitivamente en el Tercer planeta. Siempre a vuestro servicio, como es lógico. Acaso yo os pueda resultar mañana, de alguna utilidad. Por eso, os envió mi dirección permanente: Z-92 Golub Minor, Cervecería "El Ancla", Continente Tripartito, sector mediano Tercer Planeta.

Y hago vibrar vuestras antenas.

Z-92 G. M.

